



DIOCESE OF PATERSON

Diocesan Center
777 Valley Road
Clifton, New Jersey 07013

Office of
THE BISHOP

(973) 777-8818 Fax (973) 777-8976

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2015

EL GRAN BANQUETE Y LA FIESTA PASCUAL

A todos los fieles, religiosos consagrados, diáconos y sacerdotes:

“A vosotros, misericordia, paz y amor abundantes”

(Judas v.2)

[1] Desde las primeras páginas de la Sagrada Escritura hasta la última, Dios muestra su amor y compasión por la humanidad proporcionándole comida. En el relato bíblico de la creación, Dios no crea simplemente a Adán y Eva. El se preocupa por ellos y les proporciona el verdadero alimento que han de comer. A nuestros primeros padres, Dios les dice: “Ved que os he dado toda hierba de semilla que existe sobre la faz de la tierra, así como todo árbol que lleva fruto de semilla; os servirá de alimento” (Gn 1:29; cf. Gn 2:16). Y, en las páginas finales de la Escritura, Dios llama a su pueblo al completo regocijo en la fiesta de las bodas del Cordero (cf. Ap 19:7-10).

[2] En el Antiguo Testamento, el profeta Isaías anhelaba el día en que Dios llevaría a término su plan de salvación, al ofrecer el banquete mesiánico. Isaías pronosticó que, al fin de los tiempos, cuando los enemigos de Dios y la muerte misma fueran destruidos, “Hará Yahvé Sebaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares de tuétanos, vinos depurados” (Is 25:6).

[3] Ese banquete escatológico es un constante leitmotiv en la vida de Jesús. Recién empieza su ministerio público, Jesús anuncia esta fiesta mesiánica prometida por Isaías. En Caná, cuando el vino ofrecido por el novio y la novia se acaba, Jesús convierte más de ciento veinte galones de agua en un selecto vino de extraña viña. Más vino del que pudieran consumir los ya saciados invitados. Una señal de la abundancia de los últimos tiempos.

[4] Durante su ministerio, Jesús alimenta cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los niños. El milagro es tan inolvidable que los cuatro evangelistas lo narran (Mt 15:32-16:10; Mc 6:31-44; Lc 9:10-17 y Jn 6:5-15). El milagro empieza con cinco panes de cebada y dos peces secos; pero, termina con doce canastas llenas de lo sobrante. Más comida al fin que al principio. De nuevo un anuncio del banquete final, cuando Dios nos dará bastante para festejar eternamente.

[5] Durante su ministerio, Jesús utiliza un banquete o comida ya sea como ocasión para enseñar acerca del reino de Dios, o para introducirlo. De hecho, en la Última Cena, cuando el vino se convierte en sangre, da a su Iglesia la forma de participar, aún ahora, en el banquete escatológico. Él nos da la Eucaristía, en la que estamos a la mesa con Jesús en el Cenáculo y en el banquete de Dios en el cielo.

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2015

[6] Cuando los contemporáneos de Jesús examinaban su ministerio, muchos se entusiasmaban de su enseñanza, maravillados de sus milagros y sobrecogidos de sus exorcismos. Pero, más allá de su predicación, la curación y poderosas obras, había un aspecto en su ministerio que sus enemigos encontraban constantemente ofensivo. Su compartir la mesa con pecadores. Es tan frecuente ya sea que Jesús esté en una comida o yendo a una comida o saliendo de una comida, que sus enemigos se quejan, “Ahí tenéis un comilón y un borracho, amigo de publicanos y pecadores” (Lc 7:34).

[7] Jesús justifica su compartir la mesa con pecadores, diciendo que “el Hijo del hombre ha venido a buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19:10). Es esto tan importante que Jesús hace este comentario cuando estaba en una comida en la casa del famoso y odiado Zaqueo, recaudador de impuestos. Fue así, compartiendo las comidas con el piadoso y el pecador, que Jesús no solamente enseñó sobre el reino, sino que abrió el reino de Dios a todos y les ofreció un sitio en el banquete final.

[8] Diez veces en el Evangelio de Lucas, se encuentra Jesús a la mesa con otros. El cena con amigos como Marta y María (Lc 10:38-40) y con sus propios discípulos (Lc 22:7-20). Comparte la comida con las multitudes que lo siguen (Lc 9:10-17). Acepta la hospitalidad de los líderes religiosos y la élite (Lc 7:36; 11:37-52; 14:1-24). Y, no teme sentarse a la mesa con los marginados y pecadores (Lc 5:27-32; 19:1-10). Ningún escritor del Nuevo Testamento enfatiza cómo Jesús comparte la mesa, como lo hace Lucas. De hecho, “aproximadamente en una quinta parte de las frases del Evangelio de Lucas y los Hechos, las comidas juegan un notable papel” (Markus Barth, *Rediscovering the Lord's Supper*, p. 71). ¿Porque este compartir la mesa es tan importante para Jesús?

[9] En cada cultura, las comidas son una fuerte expresión de amistad y aceptación. En el tiempo de Jesús, la gente estaba claramente dividida por su posición social y la práctica religiosa. En las comidas, se mantenían de forma especial esas barreras. La gente sabía con quién podía comer. Ellos sabían dónde no eran bienvenidos. Jesús demostró una total libertad respecto a los convencionalismos restrictivos de su tiempo. Su elección de compañeros de comida estaba incluida deliberadamente. Ofrecía la gracia de Dios a todos.

[10] En el Evangelio de Lucas, Jesús narra una parábola cuya verdad teológica la clasifica cercana a la famosa parábola del higo pródigo. Es la parábola del Gran Banquete. Todo lo que Jesús dice acerca de la divina misericordia y la respuesta humana está incluido en este magnífico relato. Todo lo que Jesús enseñó con su compartir la mesa con otros, se descubre en este memorable cuento. Y, Jesús narra esta parábola en el contexto de una comida.

[11] Un día, un jefe de los fariseos invita a Jesús a comer un sábado. Jesús acepta cortésmente la invitación. Durante la cena se da cuenta que los invitados luchan por los asientos de honor. El entiende los motivos secretos de los presentes, incluyendo su anfitrión. Ellos invitan solo a personas que le agreguen a su prestigio y puedan devolverles de la misma manera. Jesús los instruye primero en la humildad y la caridad desinteresada, indispensables para el reino de Dios. Luego, como respuesta a un invitado que exclama, “¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios! (Lc 14:15), Jesús narra la parábola del Gran Banquete.

“Un hombre dio una gran cena y convidó a muchos; a la hora de la cena envió a su siervo a decir a los invitados: ‘Venid que ya está todo preparado.’ Pero todos a una empezaron a excusarse. El primero dijo: ‘He comprado un campo y tengo que ir a verlo; te ruego me dispenses.’ Y otro dijo: ‘He comprado cinco yuntas de bueyes y voy a probarlas; te ruego me dispenses.’ Otro dijo: ‘Me acabo de casar, y por eso no puedo ir.’ Regresó el siervo y se lo contó a su señor. Entonces el dueño de la casa, airado, dijo a su siervo: ‘Sal en seguida a las plazas y calles de la ciudad, y haz entrar aquí a los pobres y lisiados, a ciegos y cojos.’ Dijo el siervo: ‘Señor, se ha hecho lo que mandaste, y todavía hay sitio.’ Dijo el señor al siervo: ‘Sal a los caminos y cercas, y obliga a entrar hasta que se llene mi casa.’” (Lc 14:16-24)

[12] Los oyentes de Jesús esperaban ansiosamente el momento en que Dios entrara en la historia para introducirlos en el reino de Dios. Ellos esperaban que, cuando él lo hiciera, Dios prepararía una gran fiesta para su pueblo. Al narrar Jesús esta parábola, ellos inmediatamente piensan en ese banquete y la llegada del reino de Dios. Ellos se consideran dignos de tomar parte en ese banquete. Pero, Jesús reta su estrechez de pensamiento con un toque fulgurante de la misericordia de Dios.

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2015

[13] De acuerdo a las costumbres del tiempo, un anfitrión debería enviar siempre dos invitaciones a su invitados. La primera invitación debería simplemente anunciar el día del gran banquete. Para preparar la fiesta, el anfitrión tiene que conocer por adelantado el número de los invitados. Si solo hay poca gente, serviría pollo. Si son más de treinta y cinco invitados, mataría un ternero. En una época en que la gente no regulaba su vida según las horas de un reloj de pulso, la segunda invitación llegaría el día del banquete, anunciando a los invitados que todo estaba listo.

[14] En la parábola, los que fueron invitados, aceptaron la primera invitación. Por lo menos, el anfitrión mata un ternero. Este va a ser un espléndido banquete. Pero, luego, cuando viene la segunda invitación, los invitados, uno por uno, se excusan. No por mucho sus razones vienen a ser patéticas. Ninguno compraría un campo sin haberlo examinado antes minuciosamente, determinado sus límites de muros de piedra y calculado su pluviosidad prevista. Ninguno compraría cinco yuntas de bueyes sin antes arar con ellos para ver si son aptos para el trabajo. Y, ciertamente, ningún novio aceptaría la primera invitación si su boda fuera el mismo día.

[15] Jesús escoge deliberadamente estas tres excusas porque son bien ridículas. Ninguno podría presentarlas seriamente a un hombre de prestigio como el anfitrión de ese banquete. Con un poco de humor, Jesús satiriza las pobres excusas que nosotros tan frecuentemente ponemos en la forma de responder a la invitación de Dios para festejar en su mesa. Dios siempre está dispuesto a ofrecernos su amor y misericordia. Más aún, dejamos que el trabajo, las posesiones, emociones y afectos humanos nos impidan entrar en una relación más íntima con Dios. ¡Que absurdo no poner a Dios en primer lugar!

[16] En la Cuaresma, la oración, el ayuno y la limosna nos ayudan a poner en orden nuestras prioridades. Estas prácticas cuaresmales nos centran en Dios, su presencia en nuestras vidas y en los demás. Nos disciplinan el cuerpo y ejercitan la voluntad para poner a Dios en primer lugar. ¿No es este el sentido de las tentaciones de Jesús en el desierto? Durante cuarenta días, ayunó y oró de tal manera que, en su naturaleza humana, siempre quiso poner a Dios en primer lugar.

[17] Jesús, con el caudal de su conocimiento bíblico, cuidadosamente pone con astucia en la parábola, las tres excusas de los invitados maleducados. En el Deuteronomio 20:5-7 y 24:5, eran aceptadas las mismas excusas como razones para no tomar parte en una guerra santa. Su audiencia, erudita en las Escrituras, va al grano. Lo que una vez fue una exención, ya no lo es. Jesús está emprendiendo una campaña para establecer el reino de Dios. El momento es urgente. No hay tiempo para retardar la respuesta. Los evangelios dicen que Jesús lloró dos veces. Ambas veces por la muerte. A la muerte de su amigo Lázaro (Jn 11:35). Y, en la muerte de las buenas intenciones cuando Jerusalén tardó en responder a su invitación de entrar en el reino, y de ese modo asegura su propia destrucción (Lc 19:41). ¡Ojalá respondamos hoy!

[18] En un saludable examen de conciencia, tan necesario en la preparación para recibir el sacramento de la Reconciliación, debemos insistir en los pecados que nos impiden responder a la presencia de Dios en nuestra vida. Pero, en la parábola que Jesús narra, él desvía nuestra perspectiva. El no enfatiza nuestros pecados, sino la implacable oferta de la gracia de Dios. Como dijo Isaías, Dios está pronto a “disipar como una nube tus rebeldías, como un nublado tus pecados” (Is 44:22).

[19] Jesús se vale de los detalles en la parábola del Gran Banquete para mostrar cuanto desea Dios que todos acepten su invitación. La doble invitación a los primeros invitados. Después de su rechazo, dos invitaciones más a los demás. La entrada de los sustitutos invitados. Los que estaban dentro de la ciudad, los pobres y los inválidos, los ciegos y los cojos, que representan los marginados de la sociedad judía. Los que eran de fuera de la ciudad, que representan a los gentiles. No existe un camino que Dios no haya hecho para encontrarnos; aún el camino del Calvario.

[20] La muerte de Jesús en la cruz, no fue una muerte común. Nuestra culpa condenó al inocente. Nuestras obras desvergonzadas crearon la ignominia de la cruz. Nuestro placer pecaminoso lo traspasa con indescriptible dolor. Sabiendo lo que hay ante él, Jesús dice: “Nadie me la quita [mi vida]; yo la doy voluntariamente” (Jn 10:18). Jesús va a la cruz, porque esa es la voluntad de Dios para salvar el mundo. Tal como Jesús lo explica a los griegos en la última semana de su vida: “Y yo cuando sea elevado de la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12:32). Porque por la cruz, Dios “no abandona...a uno de sus siervos, no detesta a nadie como indigno de

CARTA PASTORAL, CUARESMA 2015

sus divinos misterios... teniendo misericordia con todos, y queriendo salvar a todos, queriendo hacerlos a todos hijos de Dios...” (S. Hipólito, *De Antichristo* 3). Esta es la gracia de Dios.

[21] Esta no es “la gracia barata que nos concedemos...la predicación del perdón sin el arrepentimiento requerido...gracia sin discipulado, gracia sin la cruz, gracia sin Jesucristo, vivo y encarnado... [Es] la gracia que cuesta...que debemos buscar una y otra vez, el don que hay que pedir, la puerta que un hombre debe tocar. Tal gracia es costosa porque nos llama a seguir a Jesucristo. Es costosa porque le cuesta a un hombre su vida; y esa es la gracia, porque le da a un hombre la única verdadera vida” (Dietrich Bonhoeffer, *The Cost of Discipleship*, pp. 43-44).

[22] En Cristo crucificado y resucitado, presente en la Eucaristía, el Padre pone ante nosotros la fiesta escatológica. Cristo mismo, el Cordero degollado que ya no muere más; es la fiesta de la verdad para nuestras mentes inquisitivas, el perdón para nuestros deseos pecaminosos y la alegría de nuestros anhelos y deseos. Es el pan que nos alimenta durante nuestro peregrinaje terrenal. El verdadero maná que baja del cielo. Es el vino que entusiasma nuestros corazones y eleva nuestras almas. Por eso, cada Eucaristía es el banquete que Isaías predijo para el final de los tiempos, la comida mesiánica que Jesús anticipó con la multiplicación de los panes para una multitud, e hizo real en la Última Cena.

[23] Cuando celebramos la Misa, nos unimos a la ‘liturgia’ celestial y formamos parte de la gran multitud que grita con fuerte voz: “La salvación es de nuestro Dios, que está sentado en el trono, y del Cordero” (Ap 7:10). “La Eucaristía es verdaderamente un resquicio del cielo que se abre sobre la tierra. Es un rayo de gloria de la Jerusalén celestial, que penetra en las nubes de nuestra historia y proyecta luz sobre nuestro camino” (Papa S. Juan Pablo, *Ecclesia de Eucharistia*, 19).

[24] Jesús empezó su parábola del Gran Banquete con el imperativo: “Venid que ya está todo preparado.” Y terminó la parábola con la misma urgente petición: “Obliga a entrar hasta que se llene mi casa.” Nuestro sitio está listo. La puerta aún está abierta. Y, Dios nos está esperando. Todo es gracia. Todo es un don gratuito. *Es nuestra tremenda responsabilidad responder hoy a su invitación.*

[25] Que nuestra profunda oración, el ayuno disciplinado y la limosna generosa durante esta Cuaresma, nos ayude a responder y prepararnos para los misterios pascuales, cuando nos sentamos a la mesa del Señor y compartimos las riquezas de su gracia. Que se pueda decir de cada uno de nosotros: “¡Dichoso el que pueda comer en el Reino de Dios!” (Lc 14:15).

*Dada en el Centro Pastoral de la Diócesis de Paterson,
el miércoles de Ceniza, el día dieciocho de febrero del
año del Señor dos mil quince.*

+ Arthur J. Serratelli

+Arthur J. Serratelli, S.T.D., S.S.L., D.D.
Obispo de Paterson

Sister Mary Edward Spohrer SCC

Sr. Mary Edward Spohrer, SCC
Canciller